

INCANDESCENCIA

CUENTO GANADOR

DÍA MUNDIAL DEL AMBIENTE



Katherine Marina Álvarez

Garay, estudiante de
Administración de Empresas.

katygaray@gmail.com

<http://marinaozz.blogspot.com/>

El té ya estaba helado y la lectura se había tornado monótona, el pretil estaba vacío; solo el sonido del agua cayendo de la fuente humedecía la memoria ante tanto concreto, cómo extrañaba su tierra. Tornó su cabeza hacia la derecha lentamente, generando un movimiento circular en torno al cuello hasta que los músculos decidieron ceder y hubo un sonido:

-¡Auch! Esta vez dolió.

El dolor no fue duradero, porque la mirada se le había ido, se había adherido en esa piel morena como tatuaje a agua. Él se acercó, se sentó cerca e inició la narración de su día. Ella no supo que gesticular pero experimentó una vocación fantástica donde sus antepasados se sobrepusieron y no quedó rastro de la visión, se tornó todo oscuro y un relámpago a tierra le hizo despertar de un salto de su camastro de güitite.

-Es la tercera vez que tengo ese raro sueño.- corrió donde el chamán, tuvo el presentimiento que la esperaba.

Era un viejo emplumado de quetzales y protegido con el alma de un puma a sus espaldas.

-Vi que venías a mí esta mañana y los espíritus me han dicho que tu espera se disipará eternamente; no sin antes desarraigarte, verter sangre y darte alas.

-¿Qué dicen los espíritus que espero?-preguntó intrigada, pues desde la muerte de su madre nada en la vida tenía esperanza.

-Me mostraron dos luces que danzaban por el río, una aguardaba a la otra mientras un hombre blanco se ensañaba en desaparecerlas; guardándose una en una jícara transparente y alargada. Cuando la hubo atrapado, de la tierra emergió un suspiro frío y sonoro, las aves se alzaron en bandadas y los animales se estremecieron al unísono; mientras el hombre caía a tierra y la jícara se destrozaba entre las raíces de un sauce. Miré la luz, un tanto opaca, distribuida en el suelo cual sangre de inocente. Volví estremecido por el olor a jazmín y la voz sagrada que sopló vida a la luz, al momento en que un destello magnífico me nubló la vista en la fusión eterna de las dos luces.

Confundida, solo se levantó de la cálida hierba y volvió a la cabaña, donde no dejaban de atormentarla las palabras del chamán. Decidida a olvidarlo vertió agua en el jacal, combinó hojas fragantes heredadas de su madre para espantar presentimientos vanos y se permitió reposar en ellas. No contaba ella, con que el mundo afuera giraba y los bosques siempre fuertes, no serían más que despojos a manos enemigas. Gritos de guerra se oyeron afuera, su padre entró, la alzó por los aires y pronto estaba ella sobre sus hombros. Galopó montaña arriba con decenas de hermanos sin detenerse hasta que el sol se ocultó. No comprendía nada, su padre no dijo ninguna palabra. Se reunió con dos hombres más, que ella en algún momento había visto en la tribu; en tanto, los demás proferían vocablos que jamás había oído.

Titiritaba por el exilio inaceptado. Alguien hablaba de hombres blancos con arcos chatos de saetas invisibles

que al contacto con la piel quemaban, otros con una extensión punzo cortante en sus brazos.

Por la mañana, decidieron avanzar al norte. En lo más alto de la montaña, vio como en lugar de su choza había cenizas; el viento enrarecido por el humo, bailaba a lo lejos trozos de tela en color amarillo girasol y rojo sangre atados a astas. Nada tenía sentido, el grupo de viaje parecía confundido. Su padre le dijo que viajaban en busca de un nuevo sitio, su tribu fue quemada y sus habitantes llevados presos por hombres blancos; mencionó el río Tutugüite y creo que estaríamos por ahí al atardecer.

Caminé confundida, nunca tuve aire de heroína; pero esta vez una furia seca me corroía. De camino vi riachuelos rojo sangre, mientras huía en brazos de mi padre oía una madre clamar por su hijo, los dioses debían estar furiosos con nuestra gente ya que habían permitido que se llevaran a los nuestros. Miraba el cielo angustiada, miraba al quetzal y desee



Pachamama

ser uno de ellos. Si mi gente había fallado, debía pagar ¿pero por qué herían a la Madre Tierra?

Mi padre dirigía la misión, cuando miré a un joven que le asistía. No pude evitar verlo, con su figura volcánica y su piel canela, con espíritu de jaguar y ojos de lirio. Se acercó y me dio de beber agua, por mandato de mi padre. Tutugüite cruzaba imponente la pequeña llanura, unos recogieron palmas pero mi padre unió bambúes y armó un refugio para mí. Debo decir que esa noche sentí paz, a pesar de lo que ocurría cerca, sentí que ese era mi lugar.

Salí temprano al río, alcé la vista aliviada por la frescura del agua, cuando me percaté que no estaba sola; él se sentó cerca e inició una narración de lo contemplado, llevaba quince días de viaje y mi padre le había invitado a andar con nosotros. El joven venía de la costa, había visto enormes hojas secas flotando por los mares, cargadas de hombres blancos hambrientos de mujeres y cuanto las tribus tuviesen, también había perdido

su gente. Pero la Pachamama se le había aparecido en visión una mañana de angustia, como un suspiro frío y sonoro. Pudo ver un río iluminado por una enorme luz (similar al sol del mediodía), el cual bañaba una llanura verde donde semilla que caía, crecía frondosa y fuerte. Despertó cuando se sintió volátil, percatándose de ser parte de la luz, una luz dual y eterna. Sin comprender la visión, seguro de que la Madre Tierra le guiaba no desaceleró su paso, una vez a la orilla del Tutugüite presentía un propósito.

No gesticulé palabra alguna, mientras el pecho se me ensanchaba como no siendo capaz de albergar memorias, ni atraer espíritus; tuve la sensación de huir, pero ya era demasiado tarde.

No sé cuántas mañanas contamos ahí, le miré con la certeza de años.

-¿Recordás nuestra primera mañana en este sitio?- sonrei.

- Te recuerdo descalza, a la orilla de este río; muda. Te recuerdo cual leoncillo, fiera ante el enemigo y es que el blanco vino, pero logramos acabarle;

los demás pueblos vecinos no tuvieron la misma suerte. La promesa de la Pachamama para conmigo se ha cumplido, en esta llanura esculpida en la palma de su mano.

Sin advertirlo, colocó su mano en mi cintura, nunca sentí antes esa sensación de bienestar. Reposó su otra mano en mi cuello, deslizándose por mis cabellos como quien pretende un todo, sintiendo cada uno de sus dedos buscar auxilio entre la enmarañada hilera de emociones. Posó sin temor sus labios en los míos, con un ritual sagrado y sin mayor agravio gritamos juntos un rezo a la Pachamama en un éxtasis luminoso. Me sentí plena, fuimos luz etérea.

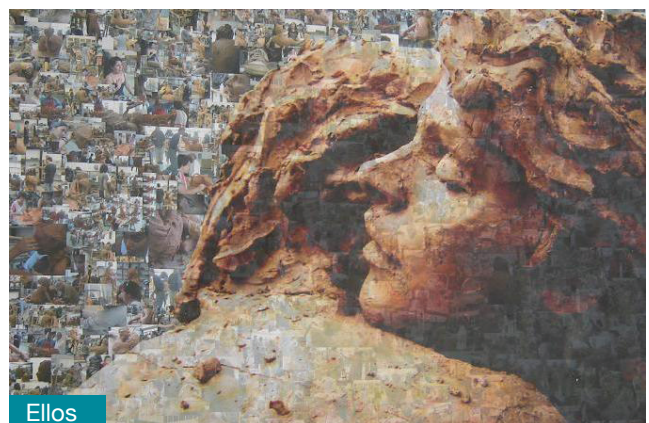
Mirando su piel canela, mientras habla de evaluaciones, proyectos y entregas; comprendo de donde conozco esa piel morena. Inconscientemente le siento en mis labios nuevamente; como si la Pachamama nos permitiera tropezar en otros cuerpos, en otro tiempo, en otro contexto sin alterar el orden lógico de nuestro encuentro.



A la orilla del río



Pachamama



Ellos